

Manos negras

Luis E. Leguer



MANOS NEGRAS

Luis E. Leguer

Capítulo 1

MANOS NEGRAS

CAPITULO UNO: UNO

El número uno latonado estaba enmarcado en la puerta, y la diferenciaba del resto, la pieza estaba oxidada a punto de caer con cada forcejeo de la cerradura, y resistía. Pero ahí en el uno, cruzando la calle, donde la vida se hacía y se destruía con el rutinario talento de las imágenes pasaderas que recuerdan lo acostumbrado, estaba uno que pedía a gritos, por culpa de eso, estar en la casa era lo mejor que le podía pasar.

El lugar se mantenía alejado y ajeno al bullicio. Uno estaba atrapado por la rutina diaria, por la casa y aprisionado, pero con vida. Es la costumbre dirán muchos, la costumbre que a uno le daría largas tardes, escapatorias también dirán muchos, así sin nada importante que pensar, mejor haciendo las cosas automáticas, para que se distrajera, que olvidara.

A uno le brindaba seguridad aquella monotonía diaria, y luego estaban las actividades "fuera de" pero no era que importaran mucho desvariar en otras cosas, aquellos solo eran malos entendidos, no era lo que se tenía que hacer y no tenía por qué hacerlo.

En la noche, uno se sentaba en el mismo sillón sucio de todos los días. De tenerla, pondría una botella de whisky en una mano, la que fuera, ya que era para lo mismo, y lo engullía hasta quedar mareado y dormido. Cada que se pudiera dar ese lujo. La falta de variedad se convertía en pereza y uno se volvía patético, inherente. Se preguntaba porque solo en la noche lo hacía. Entonces empezaban las desviaciones.

Era terrible, meterse en el disparate ese, uno no quería recordarlo, eran cuando mucho torres de basura ahí metidos, demasiado "que hacer" y con pereza igual de acumulada que la basura y no era solo el cansancio de las actividades... había eso y estaba eso. Aquello justo era lo que a uno lo hacía penar. Desviarse del tema, de lo de siempre, de todo.

El metro del "que olvidará" lo dejaba en la estación correcta, a tiempo de todo, para salvarlo de toda esa talentosa actividad del diario. De todas ellas, y lo dejaba en la estación del eso a la hora correcta, donde tenía que bajarse siempre y ¿para qué llegar a esa estación a diario?, ¿para solo traer suplicio constante?, a donde más podría dirigirse si uno se mantenía prisionero en la propia casa que estaba secuestrando. Quedarse dormido significaba un escape a "esas" tareas pendientes, y justo era la última en

la lista de todas las virtuosas y talentosas actividades del día a día.

A uno esa mañana lo despertó el fuerte viento frío que arremetió contra las ventanas sueltas de la casa "prestada". El ruido tenía un botón de eyectar en el sillón en el que uno se quedaba dormido. Su rostro agrío estampó contra el suelo, y así al natural como la tela antes de ser trabajada o lo equivalente a adaptar una lengua a otro idioma, uno se levantó. Con esas dificultades somnolientas y arrugadas uno caminó sinuoso hacia la ventana, y si alguien por casualidad lo viera, diría -íeste tipo está muerto en vida!-

-Esto no puede estar pasando, esto no puede estar pasando- se decía uno como lastre, la depresión que se sentía era momentánea por el efecto de la agriedad y los golpes de puerta en su cabeza, y aunque eran las mañaneras aventuras de la noche anterior, uno sabía que la depresión se iría, y también que regresaría una vez más por la noche, como las montañas rusas. Vendría acompañada de esas maravillosas actividades diarias, para llegar a esperar el metro del "que olvidará", y surcar de nuevo a la faena "del eso"... su estación del metro favorita.

Amarró la ventana con un alambre suelto que había en la "casa" con dificultad entre figuras rodantes y borrosas. Quedo abrazando el borde de concreto de la ventana, los ojos estaban extasiados y dolientes, su boca era la de un pescado muerto. Después de recobrar su sentido se dispuso a realizar sus actividades. El viento era reclamatorio y se ponía violento con lo que estaba a su paso, pero uno no se vería interrumpido de sus emocionantes tareas cotidianas.

Entrar a la casa del señor del pan casero, el vecino a una cuadra, y robar un huevo, y para variar harina, polvo para hornear y leche. Se preocupó por tener una "lista de robo" para el desayuno esta vez. Y no solo el acostumbrado huevo. Había hurtado un cilindro de gas de unos 4kg con todo y aditamentos a unas cuadras más lejos y por fortuna aún le quedaba el suficiente gas para cocinar, antes de que lo empezaran a descubrir los vecinos. Hurgó el botiquín del baño buscando algún analgésico, sin éxito alguno. Su figura atravesó el campo y después la calle en calzones, con una bata de descanso, de ida, de regreso parecía que el viento se la arrebataría y como no se dejó, el aire le tiro tres huevos de su preciado botín.

Uno sabía que ocupaba una caminata ligera para la resaca, que cumplió al salir a hacer sus préstamos de gobierno, y que unos huevos, algo suave y liviano para el desayuno como unos buenos hot-cakes harían el milagro. No pensaba que el hurto de la comida era algo malo, creía que era un acto de supervivencia piadosa.

Así se preparó sus milagrosos alimentos, con dificultades para encender la llama por lo poco que le quedaba y lo visco que estaba por el whisky,

alcanzo a preparar su pan y un huevo mal hecho. La cocina lo aprisionaba, su propio robo del cilindro y sus alimentos lo apresaban. Tenía los días contados, aquellas listas de pan, leche y huevos le cobrarían factura con intereses, tarde o temprano los vecinos se pondrían a reclamar sobre ello. Lo sabía a la perfección, pero eso no era lo que lo incomodaba en aquella casa del mal.

No lo pasó muy bien con el frío y el aire opresor de hogares. Aguantaba los días estando en bata, pero el día de hoy tenía que quitarse el frío, mañana se preocuparía de la falta de gas. Desde una de las ventanas de la casa buscaba su próximo objetivo. Pensaba "aquella en azul, la que tiene esa camioneta negra en la cochera, podría brincarme desde esa barda al techo y bajar, pero tengo que asegurarme de que la dejen sola y que nadie me vea, faltará un buen rato para eso, ¿quién querrá salir así como está el día? pero de aquí la puedo vigilar, icarajo tengo mucho frío! ¡ah! quizás aquella, está más descuidada pero podría echar un vistazo". No pensaba nada fuera de lo rutinario, era mecánico y pronto esperaba mudarse de nueva cuenta.

Pero no era como quitarse una prenda de ropa y dejarla para lavar, andar desnudo por la casa y la calle, y que solo digan -¡pero cuanta indecencia!- y lo llevaran a las rejas por inmoral, con seguridad sería alguien más quien le quitara la ropa y le pusiera unas esposas en algún sótano para torturarlo de por vida, tampoco era como quitarle el polvo a la casa y dejarla reluciente, era más como recibir golpes con una barra de hierro en el mismo sótano, ¡cielos! ¡La limpieza de ventanas! ¡Podar el pasto! ¡sacar al perro a pasear! y luego con gracia, un metal al rojo vivo entrando de la piel a los huesos, unas tijeras para cadenas, pinzas quebrando los dedos restantes... cuanto miedo puede haber en una mente, en un hombre. ¡Pero bien escondido! ¡Haciéndose pasar por un chiflado!

Uno se paró de un salto como tigre, algunos podrían jurar que vieron un venado escapar en lugar de un tigre al asecho. Se sentía grandioso moverse a hurtadillas cuidando que nadie lo viera, era una maravilla mantenerse por sí mismo. Conseguir el pan de todos los días y el cobijo, no pagarle al arrendador ni un quinto, ni el gas, no tener que rendirle cuentas a nadie, y en ese momento uno se acordaba cuando "no tenía que rendirle cuentas a nadie", aquel asombro se disolvía como pasta en agua, y se angustiaba. Le quitaba todas las libertades, se quedaba con el polvo de la casa sin sacudir y la locura rutinaria.

La grieta en la malla de acero le hirió el brazo derecho, uno entro tambaleando, le pego un calambre en la memoria, como si no recordara como llego a hasta ahí, sus gestos tontos lo delataban, el viento frío lo hacía recordar a donde y cuando, y el momento preciso era el ahí y el ahora, se movió sigiloso hasta el ahí. Estaba en la parte trasera de la

casa, forcejeo la ventana blanca para poder entrar.

-Medicina, por favor la medicina- se decía, pero buscaba el whisky así como puso un pie en la cocina, fue automático como sus costumbres del que hacer, y le dio prioridad por encima de sus necesidades de cobijo, lo busco de arriba a abajo, abrió cada centímetro de ella y se dio el tiempo para pensar, su agua sagrada, su agua de vida no estaba ahí.

El rostro era el de un espectro sediento que se asomaba entre cada habitación abierta y cerrada. Entre cada hendidura brotaban los ojos de un lémur Aye-aye y la característica boca de pescado muerto acosando su manantial de vida, el lémur jaló una cobija que encontró al paso, y se mantuvo penando por la casa. Escaló a la rama más alta con pereza, entre el pasillo medio de la casa y subiendo las escaleras.

Encontró su elixir en los cuartos altos, pero este era diferente, no se parecía en nada al acostumbrado, el agua tenía un color ámbar, -Igual me servirá- y la abrazó con fuerza, con mucho amor y cariño, la guardó celoso entre su regazo y el cobertor, le juró que nada malo le pasaría.

Grrrr coagh coagh coff y recuperaba el habla -han pasado muchos años Sally- su piel se escandalizó, sus ojos se desorbitaron, pasó de ser un lémur a cangrejo, su piel lo delató... -Te estaba esperando durante mucho, mucho tiempo Sally, pensé que no volverías, que ya no te podría volver a ver- Uno giro lento su cuerpo al sonido de la voz garraspianta y vieja, caminó al revés cual crustáceo, se tropezó con su propias patas como efecto dominó y cayó al suelo al ver al viejo delante de él -No seas tímida, ven... ven a ver a tu viejo- y la caída no era para menos, el diuturno traía un arma de fuego en la mano, y entonces la sonrisa del veterano desapareció. -Ven... ¡y dame todo lo que me has quitado maldita ingrata!- entonces se volvió a convertir, recupero el color, uno dio un salto de lémur y se aferró al tequila, lo protegió con su vida, la presa cruzaba los cuartos amplios y vacíos.

La furia del hombre veterano impactaba en el concreto de su propia casa, el tigre viejo aún podía correr y cazar. -¡Tantas noches y días enteros, te he dado, y con esto me has pagado!- el animal chocó con la puerta a la calle y el frío, casi arrancaba la chapa de la puerta -¡¿y para qué?! ¡¿Dime para qué?!- el hombre salió a su encuentro y tres buscadoras trazaron camino en el aire, pero sin esperanza. La cobija quedo en el suelo de la banqueta y huyó con la botella de tequila en las manos en lugar de su frasco de juventud eterna.

Lo sabía a la perfección, ni siquiera lo meditó, el hombre viejo estaba preso de igual forma que él, que la maldad que traía en su corazón lo mantenía atado a su casa junto con sus pensamientos y que tenía itinerarios de viajes en el metro a otras estaciones diferentes al igual, podría ser el pasajero que se sentaba a un lado de él, listo para bajar

antes o después, aquel señor viejo era igual de rutinario que uno. Era culpa de los dos por vivir así solo por "el eso" y cada uno con su propia versión. Más tarde recuperó la cobija prestada del señor viejito que lo recibió tan amable y le ofreció algo de beber, pero solo cuando sintió que el tigre estaba distraído.

En la noche uno se sentó de rutina en su sillón favorito, pensaba en "lo fuera de" del día de hoy. Había sacado un caballito de "las cosas prestadas" que sus vecinos tan amables le permitían, le podrían dar un premio al mejor vecino del año. Se sirvió y se dispuso a tomar su tequila antes de llegar a la última estación del día, que lo llevaba a la locura y que estaría destinado a vivir como el tigre viejo de unas casas más adelante pero con menos lujo que él.

A pesar de todo, se sintió satisfecho el día de hoy, se merecía un buen descanso. Unas manos negras reposaron en su hombro, le quitaron los cansancios y pesares del día, "de esos" pesares de los días siguientes y de todas sus dolencias. No se tendría que preocupar por ello nunca más.

Capítulo 2

CAPITULO DOS:

LAS MANOS NEGRAS

I

Cruzando la calle, alguien lo había pintado y lo enmarcó en el asfalto, las esperanzas que tenía de toparse con el pintor, con ese artista esperanzado de conocer a su primer seguidor, y que le dijera -¡he aquí mi primer obra!- eran en definitiva muy altas.

El cuero tenía muy buen gusto y una ennegrecida presencia. Encendió la cerilla para su habano Montecristo No. 4 que reposaba entre sus afilados y elegantes tentáculos, lo aspiró de una manera suave, se relajó y saboreó. La gabardina se mantenía postrada como un rey en su trono, debajo de ella la vida era de doble botón, trajeado. Entonces los tentáculos se movieron y encendieron su radio en el trono 1956 chevrolet corvett igual de silencioso y negado que el cuero. De la radio salió una voz congestionada con sentimientos de la barriga para arriba y de garganta cerrada...

Zzz...mpeón de peso welter subiendo al ring, "Eeeel tooornadooo", ¡Miiigueeeel Maartíneeezz!, nacidoooo el 29 febrero del sesenta y cinco, veintinueve años, sesenta y seis kilos trecientoosss, debutooó en el ochenta y dos, su último combate fue el once de octubre del año pasado, itreinta siete combatessss!, itreinta tres victoriasss! ¡Veintidós por knockout! Un empate y tres derrotas... ¿estaaá todo listooo?! los contendientes se acercan al centro del ring, ¡las miradas son intimidantes y amenazantes!, se siente la tensión entre los dos pugilistas. ¿Acaso hay algo personal entre los dos?!... Como si las miradas los delataran... ¡Segundoooss fueraaaa!, ¡primmm... zzZ

La manta negra vio a su artista atravesando la calle por la mañana, moría de ganas de verlo, de estrecharlo. Lo vio pasar amarrado de un par de huevos en mano y leche... su autor sufría de delirio artístico, el cuero lo notó, la divagación le provocó a su interprete que improvisara en el acto un "performance", le arrojó los huevos al aire para que los atrapara y falló, al aire se le fueron entre los dedos y furioso, lo empujó dejándolo de rodillas, fue una maravillosa actuación de arte en vivo, significativa, sobre los sueños de un hombre esparcidos en el asfalto como huevos estrellados, por su propia culpa y descuido, el artista quedó de rodillas y dolido, todo era poético, las malditas manos negras aplaudieron y soltaron una risa de alegría por su presentación, agitó su cabeza con la misma

sonrisa hueca, encendió el auto y salió del lugar... al cabo lo vería, tendrían su charla efectiva en la noche, para hablar de negocios, nadie debía escuchar sus importantes alegatos.

Zzz...ninguno quiere entregar el centro del ring, Ricardo mantiene abierta la derecha, cortita la zurda... pasa peligrosa la derecha, el recuento de jabs, iderecha en el rostro de Ricardo!... error con su derecha abiert... zzZ

A las casi 11:30 de la noche, acercándose a la dichosa plática entre su artista y todo el cuero negro que puedas tomar -así que tómelo o déjelo señorita- era el único día desocupado de su apretada agenda de galantería nocturna, cabe resaltar que sus tentáculos abotonados y trono por igual, así como ese "cuero" debajo, tenían mucho que ver en ese gesto tan amable, gentil e inconfundible que una dama no dejaría pasar "tan desinteresada" al cuento de tómelo o déjelo, por lo regular el maldito cuero negro se salía con la suya.

La manta ennegrecida salió disparada de su trono y se arrastró por los andares hogareños y frondosas decoraciones de jardinería. Su presencia pasaba desapercibida por el hombre moquiento de la radio *Zzz...os golpes al cuerpo, está seguro por la derecha, los dos bien armados, golpes volados en el aire, cuarenta y cuatro segundos restantes del primer asalto, rompe el molde, no le da pistas a Martínez, Ricardo está desorientado, no sabe de dónde viene el golpe, lo tiene bien amarr... zzZ*

"Sanatorio Santo Barranco"

Se leía en el portón del hospital psiquiátrico abandonado. Siniestro y deplorable era aquél lugar que cumplía de reglamento con una "treintena" y 3 años más, mantenía a los escandalizados y embobados... *Zzz... el corte emana mucha sangre, Martínez apunta a la herida, penetra por la zona interna zzZ...vecinos escuchando la radio, alejados e indiferentes. Y luego estaban los mocosos que aprovechaban la ambientación gratis del hospital para contar sus historias terroríficas, mocosos de unos "diecialgo" a los treinta y algo.*

Los agregados en leyendas urbanas y su connotación del pasado al ya de por sí "hospital psiquiátrico" evitaban que se tuviera interés en remodelaciones o planes para nuevas construcciones. El sanatorio se mantiene acosado por sus ayeres y nadie se ha atrevido a darle una nueva vida, era ideal para lémures atormentados sin hogar, ambos... lugar y espíritu de la muerte se comprenderían a la perfección.

-¡Había unos ruidos horribles! ¡Vi una criatura de grandes ojos ayer por la noche! ¡Se los juro... le he visto!- Decía de repente un vecino al azar, y se repetían las historias, unos aquí y unos de otro lado, pero coincidían en lo mismo, había sin lugar a dudas un espectro de la muerte sediento en

aquél hospital y la gente le temía.

Y contaban...

-La dama blanca- la última vez que la vieron fue el 21 de febrero de 1994, la figura de la mujer de blanco cegada de pena y misericordia pasea entre los pasillos del segundo piso con la angustia de noche entre ventanas de cristales errantes y fatales, aferrada entre el pecho con ambas manos como si trajera la misma entrada de luz de luna entre ellas y lo presionaba con fuerza. Muchos dicen que la mujer con aparente cabello rizado y vestido blanco estaba ahí porque buscaba a su amado, era una enfermera enajenada por el amor, que en su vida le propusieron matrimonio, le prometieron volver para desposarla y nunca le cumplieron, la dama de blanco se enamoró muy profundo, abandonó su cordura por el cariño en falso que le juraron, al grado de ser llamada en un psiquiátrico, confiando en ese amor suelto en palabras al aire, y que ahora vela por las almas de los locos que nunca dejaron el lugar, para cuidarlos siempre.

-El espectro treinta y tres de la muerte- por las noches se le veía vagar por el sanatorio, incluso pasear por la jardinería del vecindario, era una inquietante y horrible alma de un hombre malvado, era la principal razón por la que se iba al médico por problemas respiratorios -¡el treinta y tres doctor, el treinta y tres!- decían aterrados los que lo veían, alguien podría pensar que decía que el hospital cumplía treinta y tres años abandonado, o las victorias de Martínez, pero quizá era algo más grave -
ineunundneunzig Arzt, neunundneunzig!- triplicar la cifra era más aterrador, el noventa y nueve era el culpable de sus problemas de asma, porque el espectro de ojos saltones se arrojó hacia él y le agarró el pie al visitante, este tropezó y en el suelo se desmayó, era lo que pasaba por ir de cazador de almas, en el obturador de la cámara quedó grabada su esencia ya de por sí espectral.

-El verdugo negro- la gente decía que era una sombra muy profesional y ocupada, la vieron entrar apremiante al recinto de los lares, la manta negra estaba bastante marcada por el nombre "hacerse cargo del asunto" parecía endeudada con ello, ondeó en el pasaje de la vida a la muerte y perpetuó en la jardinería seca y olvidada, era una maldita entraña condenatoria, juzgaba y daba penitencia efectiva correspondiente a las almas numeradas que guardaba en su maletín. Todas y cada una eran suyas, sin excepciones, eran sus innumerables manantiales de locura perpetua, sabía a la perfección el cuándo y el cómo para cada una de esas putrefactas presencias fantasmales, esas que se merecían la penitencia, había un reflejo brillante tan extraño y conocido en la sombra, de ello salían pegajosos tentáculos zigzagueantes nada torpes sino todo lo contrario, precisos e ineludible, crueles y perversos. La negrura evaporada se desplazó del portal muerto a los vivos, desde la entrada del jardín sin

nombre a la penumbra del omitido sanatorio.

-¡Jesús!- y el acto de contrición, el hombre que viera la bruma negra quedaría condenado junto a los recuerdos apilados en el neceser colgante del verdugo, pronto tendrían (en caso de ser testigos del apilador de huecos) un amo y señor de las sombras, el casamentero entre una línea delgada de un ser vivo y el que se va de viaje para nunca más volver.

Eso decían las bocanadas de aquél paraje....

Alguien había cambiado de estación en la radio, le dio menor interés al elocuente narrador de box, se mantenía ajeno y con perfil bajo. La melodía encajaba a la perfección con las animosas oportunidades de condenación. Se convirtió en una plegaria.

In the night, lamenting the life I had

Driving away the love that I had left

Hoping that God remembers me at the last moment

I could rest in my own chest.

El arrastre del castigador de recuerdos entraban por una puerta que estaba a medio caer en el edificio olvidado, sus últimas pisadas tentaculadas tenían una tonelada de peso, en los segundos siguientes a la proyección del portal y para atravesarlo, las imágenes redujeron rápido su cuestión del tiempo, el cuero negro ondeaba de una manera superior al registro que un ojo podría tener, un oleaje más largo entre cada una de las visiones, el demonio parecía moverse en cámara lenta.

Take my memories and throw them away from me.

El goteo constante de una mancha negra en la mente del hombre, lo marginaba y le causaba un terror abrumador, la brea viscosa remojaba sus pensamientos, la pobre alma sentenciada temblaba inquieta, tocó la botella de tequila débil, y con el temblor acercó su mano para abrirla, la brea se aferraba a su cuerpo y a su conciencia, lo debilitaba, cuando llegara su momento el toque negro se encargaría de darle libertad.

Leave me in your lap, remember me.

Era una sanguijuela que le chupaba la vida, lo mantenía ojeroso, con el pellejo pegado a los huesos, tenía mucha sed siempre y era lo que lo provocaba. Los ecos huecos de los tentáculos resonaban entre las paredes de su casa, el cuero negro entre sus fructosas necesidades llevaba una aliada agarrada de la mano. Tenía buen camino y la brújula instintiva lo

guiaba con exactitud donde reposaba el espectro treinta y tres.

With blurry images of what I once was...

Why my God, why does it have to be this way?

La soledad adornaba y acompañaba las salas y pasillos del sanatorio. Paaaat... cada fuerza motriz entre las piernas a la vaqueta del calzado mandaba condenadas ondas de almas guardadas en los bolsillos, llegaban a oídos del espectro treinta y tres de la muerte, y le susurraban: paaa... t... paaaat... aaat... se sobresaltó, mostró una sonrisa entre una cuerda floja de felicidad y locura, tiró con temblorina un poco del tequila del caballito. La línea curva de su boca se convirtió en recta, tragó saliva.

Send someone to take me to heaven if you can not come

Here I am lamenting...

Paaaat... los ecos se encogían, las almas de bolsillo se retiraban, las manos negras encontraron a su artista sentado en su sillón, dándole la espalda, haciéndose el importante. Y así como se lo prometió llegó a su morada para hablar de sus negocios, el caballo de cristal se movía con furia nerviosa.

....Lamenting my blessings and mistakes of my entire life.

El cuero negro se postró aguileño en su hombro, le picoteaba el pelo desalineado. Tarareaba algo entre dientes, y entre sus balbuceos afirmo: Quizás pienses en mi cuando estés solo, tal vez... el que esperabas era alguien falso. Mostró su dentadura blanca y perfecta ¿Qué vas a hacer? El artista quiso girar un poco su cabeza, el concepto que tenían de negocios era diferente, los alegatos apenas durarían una noche.

El ave rapiñera le sobrepuso las garras afiladas en el cuello, la pobre moría de hambre, estaba relamiéndose el pico, entonces le clavó la garra, pensaba en lo delicioso que sería ese manjar, sabía que después quedaría satisfecha. El hilo metálico se enredó en el cuello, el jinete movió sus brazos para zafarse, quiso aferrarse a la fina línea metálica con las uñas, y sus dedos se resbalaban, se presionaba el cuello para alcanzar y asir el metal, el caballo de cristal lo mandó hacia atrás, porque lo jalaban hacia la tierra a su entierro. El equus ferus de cristal se desbarrancó y en el momento que tocó el suelo se partió en pedazos. Al caer, el agua se quedó en el cuenco, su tequila no se derramó.

Su vista se nublaba, su cuarto hospitalario en el que pasó la vida los últimos días oscurecía, pudo ver como la mancha se extendía por las paredes y se comía cuanto retratos colgantes tuviera, luego el lodo se extendió entre el piso e inundó el lugar. El sonido del cuero balbuceó una

vez más: Quizás te sientes y suspires... me querrás cerca de ti.

Vio sus palmas con dedos flacos y escuálidos, temblorosos y desvanecientes, con lentitud perdía el control. Dentro de su pupila veía a un hombre desalineado y de ropajes holgados, parecía estar sosteniendo algo entre sus manos. La figura de hombre intentaba insinuarle algo, pero no lo entendió, pensó que eran señas obscenas. La imagen y pensamiento quedó congelada por dentro de su ojo, calcado y observándolo, sin desvanecerse.

Adwiges era un buen hombre, con todo y sus defectos, pero noble, con seguridad llegaría a ser un buen esposo y padre, y con los errores cotidianos que la vida podía darle. En aquella agonía dolorosa y manchada de brea, la dama de blanco se le apareció, la loca de amor que estaba al cuidado de los inquilinos en el sanatorio, le buscaba la fiebre por las orejas, la presión de Adwiges transpolaba de sistólica a diastólica de una manera tan contrastante, y no era por su condición actual de salud, fue por culpa de los rizos castaños y hermosa silueta, la amó de inmediato, la dama lo tomó de la mano, y su perseverante sonrisa "lémuresca" surgió entre el abultado hombre lleno de brea negra. La sonrisa se mantuvo, el corazón estaba dejando de latir y su presión sanguínea disminuía alegre, era ya un diastólico contemporáneo. Sus ojos se estaban cerrando ya.

Mientras disminuía su presión, otra mancha caía en su mente, el color de esta mancha se alternó de negro a plateado, la sentía helada cuanto caía entre sus poros espectrales. La mancha plateada venía acompañada de unos recuerdos, le arrojaron a la razón un pedazo de ropa fresca y reconfortable, de olores frutales. Tenían una mujer cálida y atenta –que tengas un excelente día cariño, lleva el café a la tienda, así te acordarás todo el día- y le giñó el ojo, después cargo a una niña, era brillante, una excelente artista, le mostró una figura de madera –mira lo que te hice papi, es el olor que te gusta, escuché que le decías a mamá, sabía que te gustaban los elefantes y quise regalarte uno-. Las imágenes no eran suyas, pero estaban ya ahí, ajenas y sinceras. Llegaron a su alma para quedarse, alguien más las había puesto ahí y no lo importaba que lo hiciera, eran bien recibidos, le agradaban bastante y se quedaría con ellas.

Estaba reconfortado, quizá así sea liberado de esa condenación, quedándose con todos los recuerdos ajenos... la mancha negra le refunfuñaba: Entonces tal vez me pidas que vuelva otra vez... Y entonces diré que "tal vez"... la voz macabra de las manos negras resonó por última vez en la cabeza de Adwiges, él se quedó dormido en la eternidad...

Capítulo 3

MANOS NEGRAS

II

Puuunnnnt...

-Los chicos... ellos están bien... yo... ellos están... mfffg... solo tenían un, un estigma en el rostro... y ya... y ya no los puedo volver a ver... así como se escucha... nunca más vamos a volver a verlos.... yo... mffffg-

El silencio marcaba esa noche, trajo la penumbra consigo.

-Aris... tengo que confesarlo... durante todo este tiempo, durante todos esos días en la oficina... esta es quizá la última oportunidad que tenga de hablarlo... quería decirte que me gustas... bastante... sé que lo sabes Aris, pero no tenía el valor de decírtelo... ¡Dios! eres tan hermosa... mfffg mffffg.... ¡cielos santo! Esta lloviznando, ha... ha... hace bastante frio por aquí... mfffg... sé que te lo prometí, sé que lo prometí, lo se... pero no... yo no... mffffg... no creo volver... pero duele tanto... mfffg... yo...-

La noche tenía un sentimiento de abandono, las telas negras se entristecían por estas ausencias

-¡Están muertos Aris!... Dios santo... mfffg... ¡Los ha matado aquel infeliz, los dejo llenos de brea!... ¡Me embarro también a mí! Dijo que me dejaría para un rato más, que las luces se veían mucho mejor cuando reventaban de una sola vez, como una bombilla que se enciende con fuerza solo para fundirse... no escuche lo último... menciono algo como esperar por ellos... era la voz de un borracho ide un mendigo ebrio!... mfffg estaba aterrado Aris... mfffg... ¡es un maldito monstruo!... mfffg... no lo vimos venir... ¡no pudimos con él!-

No le cuentes, decía el abandono

-Dijo que él era la mano negra... lo menciono y yo le creo, pero esto no se va a quedar así, necesito hacer... mfffg...

Nuevamente el silencio lo cubrió con sus mantas buscaba aliviarle el dolor.

-quisiera tener más tiempo contigo... tantas cosas, y me arrepiento tanto de no decirlo, de vacilar con todo... pero yo... mfffg... la verdad es que ya

no tengo más... Aris... de verdad... mfffg...-

El silencio le puso los dedos en la lengua, le advirtió que no lo hiciera

-adiós Aris...-

Puuunnnnt...

ZzzZZzzZZZ... olpes del campeón rozan el aire, la herida no deja de sangrarle, ile ha cambiado el semblante a Ricardo! treinta y dos segundos finales del noveno round, golpes volados de Ricardo le pegan al aire, falla todos los golpes, Martínez los esquiva todos, ipero lo ha acorralado en la esquina! ¡El campeón esta encadenado! ¡Pero no puede zafarse, lo tiene anclado en la esquina! ¡Derecha, izquierda, derecha! ¡Pero iqué tremendo golpe al cuerpo! Martínez busca defenderse pero no le permite moverse... conectó en la ceja izquierda, apuntó de nuevo a la herida, Ricardo se tambalea hacia atrás, es su oportunidad de salir del embrollo, ¡Derecha en la mandíbula del campeón! ¡Un golpe limpio! ¡Y caeeee! ¡Martínez está en la lona! ¡El público se ha levan... zZzzZZzzzzZZ

Capítulo 4

CAPITULO TRES: DOS, SABUESOS

I

Las exequias comenzaron cuando los agentes de una forma insensible y pedante, acordonaron el larario como si suyo se tratase. Los "cuerpos azules cafés" se mantenían ajenos a la última línea de defensa de los guardianes de bronce. Eran indiferentes ante la charlatanería "lararia" que los lares heredaron de la madre como su último recurso para alejar a los inquilinos indeseados. Vencidos pues, sin quien los venerara, perdían su mirada en el propio cobre de su constitución homogénea.

Los vencedores estaban encargados de "maquillar" al muerto, de preparar toda la ceremonia para honrar su memoria. Lo instruían para que sirviera en el reino de los cielos y le entregaron los aperitivos para su largo viaje sin retorno, solo que tardaron en llegar porque nadie les aviso con tiempo, el lémur los esperaba con paciencia sentado en su sillón hasta su llegada.

Nunca pensó que lo trataran con tanta consideración, a pesar de las protestas de los lares por mantener alejados a los azules cafés, pero estar rodeado de mucha gente interesada en su cuestión de mortalidad lo regocijaba. Lo alagaron con fotografía profesional de alta calidad con él y en toda la casa prestada, todo tipo de bufonería, y atenciones al mínimo cuidado, protección garantizada de su estancia y un seguro contra allanamiento de morada. Incluso protección de objetos queridos... Los hijos de Lara nunca fueron tan amables como los azules cafés, solo había una cuestión, él estaba muerto.

¿Hora de muerte? Preguntaron los "acordonadores" -dígame al forense que venga, que nos diga, si en alguien podemos confiar, es con él... sabelotodo, tráigalo traigalo- y contestaba -tenemos tantas horas... tantos días... de su muerte -estamos retrasados, la ceremonia de despedía ¿Dónde están los maquillistas?- mi culpa señor, no han llegado.

-¿y el nombre del difunto?- no lo tenemos señor -caramba, díganos díganos, rápido, usted... que para eso está aquí- si señor ¿y los familiares? No sabemos señor... ¿Causa de muerte? coma etílico señor... -No, no señor, este no se murió solo, viejo y alcoholizado, vinieron exclusivamente por él, le robaron algo muy importante y querido... fue su alma, lo que le robaron- lo que usted diga señor.

Advirtieron al día ocho de muerto, según los resultados de los forenses, era el primero de marzo cuando a la policía le llegó en sus manos el caso de homicidio del Sr. Adwiges Hut, era año bisiesto. El hombre no era viejo como pensaban los "acordonadores", tenía 32 años según con cuenta de los resultados "forensicos". en efecto no se encontraron pruebas de que fuera familiar de alguien de los alrededores. El Sr. Adwiges era periodista en el "Retalí"

El cuerpo fue encontrado gracias a la escuadra D cazadora de fantasmas que ingreso a los siete días de su muerte, guiados por las leyendas de lengua a lengua que se propagaban entre los amantes del boxeo en la radio. Estos distinguidos miembros de la orden cazadora, representaron un acto de valía al entrar al sanatorio abandonado y excusarse con los lares inmóviles predilectos y holgazanes que prometieron administrar los negocios y contadurías del sanatorio después que dejara de funcionar, claro está, sin mover un solo dedo.

Entraron a las fauces de un black Jack soberbiamente jugado hace siete días, donde el crupier siempre salió vencedor durante toda la noche, y el premio era el alma del apostador. La escuadra se encontró con el cuerpo donde lo dejaron, los miraba con una tristeza lejana y ajena, -cuéntenme sus pecados- la mano tiesa les señalo la botella de tequila que yacía en el suelo, -por favor- les rogo casi a gatas, pero no le creyeron ni una sola palabra.

El sargento de la escuadra cazadora soltó la cámara en la que estaba floreciendo la cinta, se habían llevado buenos momentos para el show, unos cuantos gritos por los pasillos, a la luz de la ventana, como solía pasar la dama de blanco, de igual forma buscaron la luna y la querían cargar en el reflejo del lente para hacerse famosos.

-Por favor, solo una más- las palabras relampaguearon de un cañón: por, solo y más, centellaron en el cuerpo del sargento, la sensación lo alcanzo como un disparo a quemarropa, con el impacto en su límbico justo donde la amígdala el sargento se desplomo, entonces el segundo al mando ordeno una retirada, y levantaron al herido, para escapar de las palabras que le quitaban el sueño a los vivos. Corrieron pues a dar santo y seña a los azules cafés, y estos se apropiaron de todo lo que floreció para entregárselo después al difunto.

Capítulo 5

DOS, SABUESOS

II

El caso fue entregado a un cuerpo puramente estético y biológico de un sabueso de raza: Black and tan coonhound. Entraba al patio de recreo de los especialistas en homicidios, llevaba amarrada la seguridad consigo, entro armónico en su acabado de extremidades largas bien proporcionadas y fornidas, orgulloso siempre de su aspecto. De orejas simétricas y labios jugosos, la sonrisa hace juego con su aspecto bonachón, era un sabueso atractivo e independiente.

-Muy bueno... le pedimos que viniera porque sabemos que usted es muy bueno, lo mejor de lo mejor detective, nos ha ayudado a casar alimañas rastreras desde que tengo memoria, sí señor, a eso es lo que yo llamo servicio a la comunidad, sobre todo de esta índole, ladrones especializados en esencias, usted sabe a qué me refiero... quiero decir a esa pútrida escoria, nada que no pueda manejar, fundamentalmente de rutina- al sabueso le llego una sonrisa perfecta entre su oreja a oreja simétricas -pero no soy tan viejo Marth, ni se le ocurra- lo palmeo en la espalda.

El cazador de sabandijas era conveniente con los rastros viejos, y hace ocho días y contando, aunque el cleptómano se fuera hace tiempo igual podía seguir su pista.

-Recuerdas aquellas marmotas que entraron a robar a la casa de la Sra. Catalina, las que se llevaron sus joyas esas, alegaba que se las regalo su ex esposo y que eran íntimamente importantes-

-Cómo olvidarlo Marth-

-¿Quién querría gemas de un ex marido?-

-Era el dinero Marth, solo el dinero-

-O el asesinato en Calm, el tema ese de las familias aglomeradas en las colinas-

-Eso fue una locura, todavía recuerdo los retratos en sangre y quemados-

-Sí... lo se... Pero escucha Drunkard, este caso no es diferente a cualquiera de esos casos-

El sentido de Drunkard lo advirtió de la insinuación de Marth.

-No estoy preocupado, insinúas que lo estoy, jamás lo he estado, tengo templanza de hierro, creo que lo sabes muy bien Marth... ¿Qué te sucede? No eres nuevo en esto mi amigo-

-bueno... es que tú sabes Drunkard... este caso no parece de "rutina"-

-Pero si te acabas de contradecir, hombre, que no te ganes mi ira, que por eso me mandaron-

-No lo sé... hay algo negro y hueco aquí Drunkard, no huele muy bien-

-Deberías dejar de fumar, este caso es como cualquier otro, atraparemos a esa entraña como siempre-

-la brea negra, sabes lo que dicen, no es el único caso con cuerpos con brea negra-

-"yo tengo el negro"... podrías por favor... terminando este trabajo ve a que te den unas vacaciones amigo mío-

-esto no es un mapache... es más bien un puma- y Marth se alejó de Drunkard.

-También rastreo pumas amigo mío...-

Capítulo 6

DOS, SABUESOS

III

La clave del éxito del coonhound negro y bronce, además de que era imposible verlo y no enamorarse de él, porque en la estancia, uno de los “acordonadores especialistas” babeaba por su dobles en gris perfecto y porte puramente somático y profesional. Y ahí donde estaba su cultura fuera de lo corpóreo y que en ella reflejaba la agudeza para analizar y unir conjeturas, en anteriores casos demostró su olfato en todo tipo de terreno desfavorable para la oficialía, manteniéndose alerta en todo momento encarando la ocurrencia personalmente. Era endemoniadamente bueno en lo que hacía más años de experiencia.

El equipo hizo lo suyo, el cuerpo de Hut estaba preparado para recibir los primeros planes del menú fúnebre. Drunkard echo una mirada al lugar de la ceremonia, donde reposaba el inquilino, y reconoció la mirada sedienta y exánime de Adwiges, que aun después de su éxodo en solitario aun mostraba las muescas en su rostro de la exigencia a su elixir, trato de indicarle el camino a su virtud en el fluido, tal como lo hizo con la visita anterior, pero Drunkard ni siquiera se inmutó por él, se notó la altanería “sabuesica” hecha en su cuerpo y su soberbia por los rastros ajenos. Adwiges no estaba del todo feliz por esto, si es que se le podía llamar “estar feliz”.

El especialista se acercó al detective, el polen le recordaba la poderosa atracción de la deliciosa carne que le daría de comer a sus hijos. Le apetecía hacer miel con el cánido, el polen de este se desbordaba por todos los poros. Anhelaba ser el bien del otro, y la tarea diaria en muestras de crímenes (pan de todos los días) le daría el pretexto para averiguar si podía mezclar los néctares para provisionar su nido. Su gusto se extendió desde su niñez, Drunkard era la idealización creada por su infancia, así que nada perdido el muchacho.

Las muestras efectivas, el pan de todos los días le fue entregado al detective, para analizar con cuidado y localizar el rastro del matador. La abeja reina, esperando que el gesto generoso levantara cuidadosamente las muescas de su compañero y con el desgaste este se rindiera ante ella. Le llevo el desayuno acompañado de toda una sub rutina:

Sudoración efectiva y taquicardia. El sabueso le dio varias descargas a la abeja con la proximidad, entre mas era la cercanía mas era la efectividad de las descargas caóticas. Giraba en torno al perfeccionado dobles galante, eran ineludibles ante sus ojos y condición cardiovascular, debido a estas descargar la fabricación de agua se mezclaba entre el azúcar

incondicional y la hacía pegajosa.

Adwiges realizó su pasarela por los pasillos, y fue a parar al periódico después de varios días. Todo por su infractor fotógrafo personal que antes no lo arrestaron por allanamiento de morada "donde los lares reclamarían su infelicidad por la invasión en sus aposentos" esté dejó su permiso de justificación de salida en el suelo, Lara le permitió salir del sanatorio a cambio de su exhibidora foto de su modelo estrella, sin convenir que la dejara tirada del susto, a los azules cafés no les importo mucho los permisos condicionados de Lara. Ni mucho menos a la prensa que llegó después -Sin comentarios, váyanse de aquí- les dijo la policía a la prensa.

Y aferrados al caso, trabajadores y protectores hacían las preguntas indicadas y de manual -Muy interesante, muy interesante, ¿esa será su declaración final?- se burlaban los "Blue latte" de la cantaleta de los hijos de Lara, o lo que es lo mismo los cafés azules se burlaban de los lares.

El fotógrafo con su fama interpersonal y ahora confiscada, y su arte instantánea impresa desplegaron la segunda sub rutina de la abeja especialista: *tartamudeo y deseo de hacer planes futuros*. -la fo-fo-trama, quiero decir, el fotográfico que se enco-co-cotró en el edificio- seguido de una danza tosca para atraer pareja.

Ubicaba al canido como una fuente de alimento y prefería con cierto animo los rayos solares que se desplegaban de la dentadura perfecta del "detective café" y no esos afamados "Blue latte" tan indiferentes y con sabores horribles, esta vez no prefirió una muerte lenta en el desayuno, prefería a su "detective café con marcas doradas"

¿No te entran ganas de probarlo? ¿No te entran ganas de que este en el menú del desayuno todos los días? De disfrutarlo a bocados concentrados y que todos sus atributos bien proporcionados te tocan para llegar al punto máximo en esencia, en cuerpo. Quien está delante de ti que sabe difuminarte en la espesura al amanecer, al anochecer. Haciendo la pirolisis en sus grupos de oro y encharcarlo de miel, formando sus aceites, babeando por sus aceites oscuros, la extracción natural de aceites torreficados ¿Ni un poquito? La abeja conocía sus respuestas, y solita se hacía del rogar.

Lo brillante en la meloja que venía a su mente por causa de su futuro progenitor, lo reconocía por la presencia de la abundante y espesa crema que desbordaba el sabueso. Un tercio de miel, un tercio de café en oro, un tercio espuma caliente. *¿Cuál debería ser su mejor proporción en relación al tamaño? ¿Cuál debería de ser su sabor? ¿Predomina la concentración o el sabor a la leche?* Las preguntas deliciosas se hondaban en la reina, su cortejo: -Aq-q-quí est-t-ta la mu-mue-stra- zumbaba hacia sus escopas y el abdomen, le entrego la foto al sabueso, y esté dejó caer una muesca amarga de sus aceites en negro y acabados en oro, se plastifico en sus

labios a sus pómulos, el cortejo forzó una sonrisa laminada y plana.

La foto tuvo un rodaje ante los ojos de Drunkard, su amplitud se gastaba en la silueta mal dibujada de Adwiges que se arrastraba entre los andares del hospital, se inició una suposición gráfica ante el mensajero de la fotografía. Mientras el espectro se mantenía en suelo, la mano gastada aun desenseñaba sus deseos de libertad y apogeo virtuoso de una solicitud anteriormente dada, se le veía sediento, Drunkard ojeó entre la foto y el hombre muerto del sillón, no encontró diferencias entre la vida y el pellejo derretido y olvidado que reposaba tranquilamente después de tener suplicio rutinario en su sillón favorito, en aquella sala roída y marcada por notas desquebrajadas entre las paredes.

Aun dentro de la grabación de luz se le escuchaba con claridad – ¡por favor! – rogaba anhelante, más y menos palabras se lanzaron en la iluminación estilizada, y Drunkard las escucho con claridad, el mensaje fue transmitido y empatizó con el pobre diablo, La imagen parloteaba por si sola. –hay cosas que nunca cambian- menciono Drunkard.

Perpetuación de la especie a través del espacio: La representación en la mano de Drunkard de un modelo dichoso no demostraba por si sola la memoria anidada en el caso reciente, tenía que llegar más hondo entre las llanuras clásicas y lógicas que la imagen le mostraba. Adwiges sufría, su pasado de ocho días anteriores era de puro martirio para el desayuno y la cena. ¿Cuántos días estaba escondido? ¿Qué fue lo que logro que un periodista intrépido como Hut se encuartelara? La imagen si hablaba por el contrario de lo que podría hablar una persona común *solo una fotografía que no contiene nada de información*, para Drunkard era un nido de descubrimientos.

El espacio se hacía visible a los ojos acosadores de su abeja, en ese instante de tiempo, su abeja favorita y la única, que le entrego el primer pan, que deseaba con fervor entregarle sus panes siguientes. Se sentía mareada, complaciente al mínimo gesto en la adecuación canina, sus ojos se inflaban y sus genitales se inflamaban, solo de deseo. Su intento le indicaba que era la adecuación perfecta para su desarrollo y evolución, anhelaba mezclar genes y dejarles el mundo a sus hijas e hijos.

-¿Se siente usted bien?- ¡Oh dulce! De la lengua a sus oídos, y recorrió el cuerpo entero, las palabras podrían haber caído como las últimas gotas de agua de una cantimplora en pleno desierto. Pero el dulce le cayó en cascada y la remojó, bailoteó en la piscina, sin importarle lo difícil que fuera la danza previa al apareamiento. –vaya a casa, no creo que se sienta bien- Drunkard le mostro una sonrisa perfecta, seguido de una palmada en la espalda, apretó sus hombros, y el especialista mordió sus labios.

Esporas cayeron arrinconadas y se aferraron al oído *pst a las 11 en punto*
pst hotel pandori pst cena solos. Drunkard le guiño el ojo. No podía
creerlo, el pulso se le salió de la manga, al grado de poder explotarle el
corazón por dentro.